

El concepto de diáspora en los estudios migratorios: reflexiones sobre el caso de las comunidades y movilidades coreanas en el mundo actual

Carolina Mera*

Resumen

El artículo analiza la relevancia del concepto de diáspora en el contexto actual de los estudios migratorios. Este concepto posibilita aprehender tanto las diferentes lógicas de “integración” a la sociedad global, como la lógica de los grupos que se constituyen en comunidades étnicas/políticas que plantean modelos de inserción biculturales como ocurre en el caso de las comunidades coreanas de la diáspora. Para esto, nos proponemos contribuir al debate retomando el trabajo de distintos autores en la delimitación del concepto y enriquecerlo a partir de nuestra experiencia de investigación con comunidades coreanas establecidas en diferentes países del mundo. El artículo defiende que es posible analizar las comunidades coreanas producto de diferentes olas migratorias como un proceso diaspórico. Luego, analiza la tensión entre: 1) las transformaciones en cada uno de los contextos locales: La concentración económica y la concentración espacial en “barrios”; 2) las prácticas comunitarias para mantener la cultura de origen (a través de las generaciones, en un período extendido de tiempo); y 3) las relaciones materiales y simbólicas en el espacio diaspórico: Movilidades múltiples y reemigración. Finalmente, concluye con algunas reflexiones que invitan a seguir contribuyendo a los estudios migratorios.

Palabras clave: Migración coreana – diáspora - redes transnacionales - identidades

The concept of diaspora in migration studies: reflections on Korean communities and mobility in the world today

Abstract

This article analyses the usefulness of the concept of diaspora in the current context of migration studies. This concept allows for the understanding of the various logics of “integration”, such as the logic of the groups that constitute themselves in ethno-political communities based on a model of bicultural insertion, as is the case of Korean diaspora communities. It thus seeks to contribute to the debate arising from the work of various authors about the form and limits of the concept and to enrich it on the basis of the author’s research experience with Korean communities in various parts of the world. The paper defends that idea that the Korean communities that are product of the various waves of Korean migration can be analyzed as forming part of a diasporic process. It will also analyze the tensions between: 1) transformations in each local context, the economic and spatial concentration in urban districts (koreatown), 2) community practices aimed at maintaining the culture of origin, down through the generations and across time and 3) material and symbolic relations in the diasporic space with its multiple mobilities and re-emigration. It concludes with some reflections that suggest the value of continuing to contribute to migration studies.

Key words: Korean migration – diaspora - transnational networks - identities

* Dra. Carolina Mera (Instituto de Investigaciones Gino Germani –Facultad de Ciencias Sociales-UBACONICET). carolinamera@yahoo.com

Es el proceso de desterritorialización, característico de la diáspora, que se sitúa tanto en el lugar o espacio de origen como en el lugar o espacio de vida, dislocados en la realidad pero articulados en el espíritu. Es también la base de la formación de una identidad étnica transnacional (Bruneau, 2004:155).

Presentación

En general, los estudios sobre grupos migrantes se centraron en dos tipos de enfoques muy diferentes. Por una parte, aquellos que priorizaban el fenómeno de la integración, la asimilación y la aculturación, donde preponderaba el análisis de los procesos de incorporación de los migrantes a las estructuras de la sociedad receptora. Por otra, los estudios macro, en general ligados a análisis estructurales y económicos que daban cuenta de las lógicas de los mercados y de los sistemas mundiales.

El objetivo del presente trabajo es aportar al debate sobre las formas de abordar las migraciones en la actualidad. El nuevo milenio evidencia un cambio en estos enfoques, imprimiendo una nueva mirada sobre la multiplicidad cultural de las corrientes migratorias que ya no implica de forma mecánica la pretensión de asimilación. Este cambio de enfoque se debe a que algunas poblaciones, dadas sus características constitutivas, no pueden asimilarse a la manera tradicional (y su consecuente invisibilidad), especialmente si nos referimos al movimiento de poblaciones asiáticas, africanas y latinoamericanas en el mundo.

El enfoque tradicional en que los estudios migratorios abordaban el tema desde el paradigma de la asimilación, tenía como primeros antecedentes los estudios de la “Escuela de Chicago” durante las primeras décadas del siglo XX. Este enfoque de asimilación mecánica será establecido definitivamente como hegemónico para el análisis de las migraciones a partir del concepto de aculturación de Gordon (1964).

No obstante, estas miradas unilaterales, producto de su momento histórico, irán desplazándose cada vez más hacia visiones más complejas que consideran procesos de asimilación fragmentada, como la propuesta de Portes y Zhou (1993), u otros enfoques más relacionados al transnacionalismo o al pluralismo como los de Min, Pyong Gap y Kim (1999), Kastoryano (1996), Alba y Nee (1997), entre otros.

El cambio que hemos mencionado brevemente para iniciar esta reflexión, se relaciona también con las formas de existencia que adoptan las comunidades migrantes en esta etapa de la globalización. Las proximidades aportadas por las nuevas tecnologías de información, comunicación y transporte, con el consecuente abaratamiento y circulación e intercambio de productos materiales y simbólicos, impulsa nuevas dinámicas políticas de y entre los grupos migrantes. En este sentido, se puede constatar un fortalecimiento de los vínculos entre las comunidades y los países de origen que redirecciona los estudios migratorios. Estos ya no sólo deberán dar cuenta de los procesos de inserción, sino también de la relación, simbólica y material (de circulación y desplazamientos múltiples) que los grupos mantienen con su tierra de origen (Skrentny et al. 2005, Takeyuki 2003, Green 2002). Los procesos de aculturación y adaptación a la cultura dominante dejan vislumbrar una nueva dimensión, mucho más compleja que da cuenta de las heterogeneidades de los fenómenos. De hecho, podemos observar en nuestro país el abanico de estudios que, desde diferentes enfoques, dan cuenta de este cambio de concepción, como los trabajos de Maffia (1993), Mera (1998), Grimson (1999), Curtis (2000) Bialogorski (2005), Cohen y Mera (2005), Halpern (2005), Monkevicius (2005), Castiglione (2006), Trincheri (2006), Masseroni (2008), entre otros.

En este artículo analizaremos la aparición del término diáspora, en el contexto de cambio de los estudios migratorios. Concepto que posibilita aprehender diferentes lógicas, de “integración o inserción” a la sociedad global, pero también la lógica de ciertos grupos que se constituyen en comunidades étnicas/políticas, planteando modelos de inserción biculturales, como sucede en el caso de las comunidades coreanas de la diáspora que evidencian un alto nivel de incorporación a las estructuras sociales, a la vez que mantienen una fuerte adhesión étnica. Así, algunos conceptos claves como el de identidad y el de adhesión étnica¹ adquieren nuevos matices. El fenómeno diaspórico permite referir estos conceptos al encuentro cultural, social y psicológico adoptado a partir de la forma en que las acciones étnicas colectivas son movilizadas para mantener ciertos intereses y valores articuladores de las identidades en juego.

1 La identidad sería entonces no un conjunto de cualidades predeterminadas –raza, color, clase, cultura, nacionalidad, etc. sino una construcción nunca acabada, abierta a la temporalidad, a la contingencia, una posicionalidad relacional sólo temporariamente fijada en el juego de las diferencias (Arfuch, 2002:21). En cuanto a la adhesión étnica, retomamos a Min, Pyong Gap y Kim (1999).

Bajo este enfoque, las identidades de las comunidades son percibidas como parte de los procesos de movilidad espacial. Las trayectorias y las redes migratorias nos permiten superar el esquema planteado por los enfoques centrados en la relación origen-destino. Así, se incorporan a los estudios sobre grupos migrantes conceptos como espacio de vida, biografía, afectos y subjetividades, los cuales suponen un individuo comprendido en redes de relaciones (Arfuch, 2005).

A su vez, la noción de identidad permite dar sentido a las vidas personales, familiares y grupales, e ir más allá del debate de integración o asimilación, para dar cuenta del conjunto de prácticas significantes en las que los migrantes están inscriptos. De esta manera, el enfoque que se centra en el fenómeno diaspórico intenta comprender el proceso asociativo al interior de procesos de producción y reproducción de identidades localizados en un contexto espacial y temporal.

Sobre el concepto de diáspora

Proponemos una concepción abierta y flexible de las diásporas, que recupere las posturas tradicionales y actuales, las cuales, lejos de contraponerse, se enriquecen.

Sin duda es creciente la dispersión del significado del término en el espacio semántico, conceptual y disciplinario, que incluye a migrantes que mantienen, en algún grado, lazos emocionales y sociales con su patria. Esta conceptualización implica la aplicación del término diáspora a un grupo cada vez mayor de casos: esencialmente, a cada categoría poblacional que está, de alguna manera, dispersada en el espacio. Así, para algunos autores, el uso clásico del término que se refirió fundamentalmente a la dispersión judía, armenia y griega, comparte ahora significados más amplios que incluyen términos como migrante, expatriado, refugiado, comunidad del exilio o comunidad étnica.

Se abre entonces un nuevo debate sobre las nuevas delimitaciones del concepto. Nos permitimos contribuir al mismo apoyándonos en el trabajo de autores como Bruneau (2004), Brubaker (2005), Choi (2003) y Dufoix (2003), quienes proponen nuevos criterios para considerar constitutivos de la diáspora, y a partir de nuestra experiencia de investigación con comunidades coreanas establecidas en América Latina y en otros países del mundo (Mera, 2005, 2007).

Como ya se mencionó, durante mucho tiempo el término diáspora ha sido relacionado al modelo arquetípico de la diáspora judía, griega y armenia, de larga existencia y con un hecho traumático o con una catástrofe en el origen. Estas diásporas clásicas se concebían como fenómenos cristalizados, cosificados, estabilizados y centrados sobre una fuerte identidad comunitaria. Sin embargo, a partir del análisis de ciertas dispersiones actuales, comienzan a replantearse las características del concepto que deja su connotación esencialista para enfatizar la hibridez, la fluidez, el sincretismo y el movimiento constante de transformación.

Consideramos que este cambio será un aporte a la reflexión del campo de los estudios migratorios en la medida en que consensue debates académicos que recuperen algunos elementos de los enfoques tradicionales junto con las propuestas innovadoras de la época.

Los autores seleccionados para enriquecer nuestra perspectiva coinciden en la presencia de ciertas dimensiones del fenómeno que habilitarían a hablar de diáspora.

In Bom Choi (2003) propone que el concepto podrá ser más o menos amplio si es considerado desde: 1) la dispersión de un gran número de individuos desde su tierra natal a una o más regiones extranjeras; 2) una involuntaria motivación para que la gente deje su país natal a partir de estreñimientos económicos o políticos; 3) los esfuerzos conscientes y activos de un grupo para mantener su identidad colectiva, sus creencias y sus prácticas culturales, su lenguaje o religión; 4) el sentido o sentimiento de empatía y solidaridad de un grupo con miembros de su mismo origen étnico en otros lugares de asentamiento, tendiente a la institucionalización de redes transnacionales de intercambio y comunicación; y 5) un compromiso colectivo por preservar y mantener una variedad de lazos, explícitos e implícitos, con su país de origen.

Por su parte Brubaker (2005) considera que puede hablarse de diáspora si se cumplen tres criterios: 1) la dispersión en el espacio, sea forzada o traumática; o, más ampliamente, como cualquier clase de dispersión en el espacio; 2) la orientación hacia la patria (*homeland*)² real o

² Safran sostiene que la orientación hacia la patria (*homeland*) se manifiesta según cuatro características. Primero, mantener un memoria colectiva, o mito, acerca de la patria; segundo, "considerar la patria ancestral como el hogar verdadero e ideal y como el lugar al cual uno eventualmente regresaría"; tercero, el estar colectivamente comprometido con la manutención o restauración de la patria y su prosperidad y seguridad; y cuarto "continuar relacionándose con la patria en forma tal que esto significativamente dé forma a la propia identidad y solidaridad" (Safran, 1991: 83-4). Sin embargo aclara que existen matices de este planteo como el de Clifford para quien "las conexiones laterales y

imaginada como fuente de valor, identidad y lealtad; 3) el mantenimiento del límite de la identidad: lo que Armstrong (1976: 394-7) refería a la preservación de una identidad distintiva vis-à-vis la sociedad receptora.

Sheffer (1993), a su vez, comparte tres criterios: 1) la conciencia y la reivindicación de una identidad étnica o nacional; 2) la existencia de una organización política, cultural o religiosa del grupo; y 3) la existencia de contactos, reales o imaginarios, con el territorio de origen. Asimismo Dufoix retoma la propuesta de Sheffer: “Las diásporas modernas son grupos étnicos minoritarios, producto de la migración, los cuales residen y actúan en los países receptores, a la vez que mantienen fuertes lazos afectivos y materiales con su país de origen, su patria”(2003: 23).

Para Bruneau (2004) hablar de diáspora implica: 1) la población considerada se encuentra dispersa en distintos lugares; 2) la elección del país de destino se realiza en función de la estructura de cadenas migratorias que ligan a los migrantes con otros ya instalados; 3) las nuevas poblaciones se integran en el país receptor sin asimilarse, conservando una fuerte pertenencia identitaria referenciada al país de origen. Esto implica la existencia de una vida asociativa activa por medio de la cual se implementan formas tradicionales de reproducción comunitarias. La conciencia y la reivindicación de una identidad étnica o nacional se desarrolla a partir de un lento trabajo de la memoria llevado a cabo por las instituciones de la comunidad local; y 4) los grupos migrantes dispersos conservan y desarrollan relaciones de intercambios múltiples entre ellos, con el país de origen y con los otros polos migratorios.

Perspectiva propuesta

Desde nuestro propio análisis, y siguiendo los autores seleccionados, el elemento fundamental para hablar de diáspora no será la expulsión por un hecho traumático (si bien ésta puede existir y tener una impronta en las comunidades diaspóricas) sino el sentido de pertenencia o de una conciencia que se refiere a una identidad nacional, cultura o religión, que si bien es articulada desde la referencia al Estado-Nación o cultura nacional, pone en juego formas de construir las identidades y de mantener una unidad de la misma en el plano transnacional. El desarraigo del territorio de origen, inherente a toda diáspora, supone la necesidad de una memoria colectiva que posibilite elaborar el cambio desde lo local-global.

En primer lugar, la diáspora, en tanto fenómeno transnacional, pone de relieve el territorio como entidad simbólica, constituida por tres ejes: los anclajes nacionales (de residencia), la conciencia nacional (de origen) y la identidad producto del intercambio (comunidades de otros países). Por esta razón, la referencia a las raíces está presente en toda diáspora; en general, se trata de visiones nacionalistas/esencialistas que pretenden dar cuenta del territorio de origen como un todo homogéneo. En consecuencia, en las comunidades de la diáspora, el lugar de la cultura y de la memoria adquiere un lugar predominante, en la medida que ponen en funcionamiento mecanismos para reivindicar los hechos de una historia en común.

En segundo lugar, la diáspora supone ciertas formas sociales que son el centro de la cadena migratoria. La familia, iglesias y asociaciones se constituyen como lugares de memoria que establecen un orden de transmisión entre generaciones, estructurando la vida del hogar, pero también la actividad económica o comercial. Estos espacios comunitarios son el centro del fenómeno migratorio y forman la base de la conciencia identitaria a partir de la transmisión de la lengua y otros hábitos culturales. Los lazos primarios, afectivos, las emociones y las experiencias subjetivas respecto a lo que se moviliza en una red migratoria, especialmente aquellos vinculados a la continuidad de valores culturales como la lengua, la comida o la religión, deben ser interpretados según los factores estructurales de las sociedades involucradas: condiciones urbanas, económicas, educativas y culturales (especialmente si se trata de concepciones de la diversidad más receptivas o discriminatorias).

En tercer lugar, nuestro enfoque se centra en el barrio como red de producción simbólica. En el espacio físico-local, la diáspora requiere de un proceso de reagrupamiento que permita al grupo organizar los mecanismos de transmisión y reproducción de su identidad etno-cultural. Para esto se desarrollan redes de relaciones con otros grupos instalados en otras ciudades del mismo país, así como con otros situados en otras ciudades del mundo. En este sentido, la concentración de la población en espacios físicos objetivados y apropiados desde ciertos criterios similares en las diferentes ciudades del mundo, favorece la formación de marcos de pertenencia que aseguran la construcción de la identidad de la diáspora. La unidad reposa sobre

descentradas pueden ser tan importantes como aquellas formadas alrededor de un teleología del origen” (1994: 305-6, citado por Brubaker 2005: 6).

los signos, los valores y las reglas de comportamiento que se producen en los nuevos contextos locales alimentados desde las comunicaciones transnacionales. Entonces, cuanto más numerosas, concentradas y organizadas las comunidades locales, mayor serán sus capacidades para mantener y producir marcas culturales y lazos simbólicos. Así definida, la noción de diáspora nos permite dar cuenta de la diversidad y la heterogeneidad de la que se componen este tipo de comunidades.

Finalmente, el proceso de articulación de la diáspora se sitúa tanto en el lugar y el espacio de origen como en los lugares o espacios de vida de las comunidades migrantes. En este proceso adquiere un rol fundamental la referencia ideal de la identidad ligada a un espacio central de pertenencia, elemento que preserva a las comunidades locales contra toda disolución en el curso de las diferentes fases de la migración y el tiempo. El fenómeno diaspórico comienza por un desarraigo o corte con el país de origen, a partir del cual se constituyó su cultura y su identidad. Continúa con el proceso de instalación en la sociedad receptora, instalación que va complejizándose a medida que se extiende la red transnacional de comunidades que dan vida a la diáspora. En este punto, coincidimos con Bruneau (2004) en que una diáspora está siempre enfrentada a un doble problema: por un lado, el de la integración en los distintos países, y por otro lado, el de la conservación de su entidad transnacional en un gran número de Estados. Por esta razón, la construcción de la memoria colectiva se apoya en el origen común, ligado al territorio de origen (más o menos mítico) pero, sobre todo, unido al “espacio metafórico” conformado por la red de lugares donde se encuentran las comunidades de la diáspora.

Reflexiones sobre la diáspora coreana

Retomando los elementos planteados, sostenemos que es posible analizar las comunidades coreanas producto de diferentes olas migratorias como un proceso diaspórico³.

A través del análisis de las comunidades coreanas en América Latina aprehendemos los procesos de construcción de espacios de la diáspora, de las dimensiones que crean la sedimentación cultural producto de las diferentes olas migratorias en el tiempo, las cuales se cristalizaron en identidades culturales que funcionaron como elementos de unidad de los grupos a escala transnacional. Este tipo de análisis nos permite dar cuenta de la heterogeneidad de las identidades de las comunidades de la diáspora producto de esos diferentes aportes de las sucesivas etapas migratorias⁴.

Las comunidades de la diáspora coreana son muy activas en lo que concierne a la formación de asociaciones. Éstas actúan como una fuerza centrípeta que hace esfuerzos conscientes por mantener la identidad étnica colectiva de los coreanos y esto es uno de los componentes centrales de una diáspora. Además, las familias de la diáspora adoptan estrategias de dispersión de sus miembros en el mundo entero. Algunas personas dejan Corea en contra de su voluntad, otras de forma voluntaria, pero, en general, todos tratan de mantener su identidad colectiva y la cultura coreana. Las comunidades coreanas en el exterior muestran signos de empatía y de solidaridad entre sí y sus lazos con la tierra natal.

En el caso de Argentina, las diferentes olas migratorias van construyendo una identidad étnica con conflictos y disputas relacionadas a las situaciones de Corea y de Argentina. La identidad no es transferida directamente del país de origen, sino que es recompuesta sobre la base de interacciones entre estructuras sociales, contradicciones de clase y modelos culturales tanto del país de origen como del de recepción. Se trata de una identidad cultural en evolución continua, múltiple, que no es idéntica a la del país de origen ni a la del país receptor.

Nuestra propuesta consta en discutir sobre la diáspora poniendo el énfasis en el mantenimiento de los límites construidos por la comunidad a partir del diálogo con la sociedad receptora, entendiendo el límite como algo no cosificado sino como un espacio permeable en

3 Las presentes reflexiones son producto de un proceso más general llevado adelante en el marco de las investigaciones sobre la migración coreana en Buenos Aires durante los últimos diez años, en Corea (durante junio 1998- junio 1999, Agosto 2004, septiembre 2008) y en Los Ángeles (octubre 2008). El caso del resto de los países analizados se hizo desde el relevamiento de fuentes secundarias en diferentes idiomas.

4 Si bien no entraremos en ciertos debates por no considerarlos pertinentes para el presente artículo, mencionaremos la postura de Choi (2003) cuando afirma que puede hablarse de diáspora coreana y argumenta en contra de argumentos de Chaliand y Rageau (1995), que si bien incluyen a la diáspora coreana en su atlas de diásporas del mundo, plantean dos limitaciones: la magnitud de la migración y los destinos limitados que tiene esta migración. Argumentan que el número de coreanos que vive en el exterior carece de las proporciones masivas que tiene una típica diáspora. Sin embargo, Choi sostiene que el número de chinos e indios tampoco es tan grande en relación con la cantidad de población que aún vive en el lugar de origen. La otra cuestión es que los coreanos están concentrados principalmente en tres países –EE.UU., China y Japón. Es cierto que el 80% de los coreanos está en estos países, pero los irlandeses se trasladaron a EE.UU. y a Canadá y son clasificados como diáspora.

constante transformación. Tomamos la diáspora como una usina de identidad distintiva, producto de procesos de hibridez, fluidez y cambio.

Para evitar el riesgo del que nos alerta Brubaker (2005) sobre el “grupismo” o la esencialización de la comunidad, hemos intentado dar cuenta de la complejidad de las relaciones que intervienen en estos procesos de construcción identitaria. Hablar de la desterritorialización de identidad puede llevarnos a suponer la existencia de “una identidad única” que se extiende a través del espacio cruzando fronteras estatales. Para evitar este supuesto “esencialista”, adquiere entonces gran relevancia la necesidad de analizar el caso desde la complementariedad del abordaje antropológico. Sólo a partir de la articulación de los procesos estructurales-macrosociales y los subjetivos-microsociales, podremos salir de esa tensión.

Para superar esos obstáculos proponemos pensar la diáspora no en términos sustancialistas, sino más bien de lenguajes, de códigos, como una forma diferente de vivir la “movilidad global” de la que nos habla Baumann (1999) en *Turistas y Vagabundos*.

Como veremos a lo largo del trabajo, las identidades y las subjetividades generadas por las comunidades de la diáspora adquieren una postura particular ante la vida, que determina tanto las lógicas estructurales como las subjetivas. Estas posturas hacen referencia al movimiento entre Estados con reglas y normativas cada vez más limitantes, pero también a los desplazamientos subjetivos que habilitan estos procesos.

Al trabajar con una concepción no esencialista de la diáspora (Hall 1990, Clifford 1994), intentamos entender los movimientos de las comunidades coreanas desde una concepción de la identidad que vive por y a partir de la diferencia. Planteamos una visión descentrada que pone el énfasis en los canales de comunicación entre los múltiples polos diaspóricos, más que en la centralidad del Estado-Nación.

Un elemento importante para trabajar sobre las comunidades coreanas, es que este concepto de diáspora nos permite dar cuenta de los procesos de incorporación complejos a las sociedades receptoras. Los miembros de una diáspora pueden estar integrados a la sociedad de recepción, pero esto no significa que estén asimilados o aculturados, ya que estas últimas opciones implicarían la pérdida de conciencia identitaria.

Por último, en cuanto al análisis de la diáspora coreana que haremos en este trabajo, tendremos en cuenta la tensión entre tres dimensiones:

- 1) las transformaciones en cada uno de los contextos locales: la concentración económica y la concentración espacial en “barrios”;
- 2) las prácticas comunitarias para mantener la cultura de origen a través de las generaciones en un período extendido de tiempo (lo que involucra la reproducción de ciertos valores culturales);
- 3) las relaciones materiales y simbólicas en el espacio diaspórico: movilidades múltiples y reemigración.

Las transformaciones en contextos locales: sentidos de la concentración

La familia es el eje central de la localización y existencia de la diáspora. En el caso de la comunidad coreana, la posibilidad de combinaciones, que sin duda varía de acuerdo a la generación, al tiempo de instalación en el país de recepción y a las actividades y formas de inserción en las estructuras locales, encuentra su base fundamental en la estructura familiar y en las redes de sociabilidad étnica que se objetivizan en los barrios coreanos conformados sobre la base de las relaciones personales, familiares o sociales, fruto de las cadenas y redes migratorias.

Estos espacios constituyen el núcleo duro de la identidad que preserva el capital cultural de origen contra toda disolución en el curso de las diferentes fases de la migración. En este sentido, las familias constituyen la red de sociabilidad étnica donde se despliega el complejo entramado de relaciones. Es el ámbito donde se desenvuelven las dinámicas de negociación y construcción de las identidades al interior de los grupos. Esto conlleva un diálogo entre los miembros, pero también entre las familias, las instituciones, las asociaciones de la comunidad y otros actores de la sociedad local.

Es en este escenario donde se debate el significado de “ser coreano”. Se establecen los límites del “nosotros-ellos” a través de las competencias del idioma, comida, adhesión a una historia en común y el respeto a ciertos ritos y comportamientos cotidianos. Así, la identidad se define asistiendo a iglesias y asociaciones coreanas, con prácticas de casamiento endogámicas y aceptación de las conductas impartidas por los mayores y ancianos.

De esta manera la aceptación de las diferentes formas de reproducción resignificada de la cultura de origen marca matices de intensidades de la pertenencia e identificación al grupo de acuerdo a variables étnico-culturales, la formación educativa y social general de los migrantes, las experiencias laborales previas a la migración, los conocimientos y competencias que les permiten establecerse como emprendedores independientes, pero además, la voluntad de llevar adelante estos procesos.

Estas redes familiares y sociales de las comunidades coreanas de la diáspora promueven formas de concentración en ciertos rubros de la economía urbana que otorga facilidades de empleo y beneficios diversos frente a la sociedad receptora. A pesar de la relativa-exclusión que estos grupos sufren en el campo de la economía y la cultura global, éstos son capaces de sostener los pequeños emprendimientos productivos o comerciales en gran parte gracias a las redes intraétnicas. Establecerse como emprendedores independientes les permite alcanzar una situación de estabilidad en la inserción económica; y ampliar las oportunidades y posiciones sociales que lograrán en la sociedad global. Además, esto se ve facilitado por la confianza familiar (extendida), la ayuda mutua (como los sistemas de crédito rotativo) y la capacidad para articular actividades conjuntas.

La concentración urbana de estas comunidades desde su dimensión simbólica nos permite leer ciertas lógicas a partir de las cuales se desarrollan las concentraciones en barrios étnicos o “koreatowns”, como formas que reflejan las luchas de poder en el espacio físico (Bourdieu, 1999). Los migrantes se asientan en el espacio urbano e impactan en él, estableciendo nuevas jerarquías sociales, redefiniendo su espacio social de pertenencia desde las nuevas territorialidades, pero también interviniendo en las formas de nombrar la diversidad en las sociedades locales.

El barrio coreano en cada ciudad del mundo no es sólo el lugar físico donde se establecen los migrantes, sino aquel espacio social donde se reproducen las relaciones a través de las cadenas migratorias e intercambios dinámicos múltiples que redefinen en cada etapa el sentido del espacio de pertenencia. El agrupamiento de migrantes o de grupos étnicos cumple funciones de contención afectiva y protección en un entorno diferente, a partir de la conservación de costumbres y tradiciones (Kim y Hurth 1993; Min y Choi 1993; Mera 1998 y 2005). Estas características adquieren aspectos relativamente similares en grandes ciudades como Toronto, San Pablo, Nueva York, Los Ángeles y Buenos Aires, entre otras. Son espacios dentro de los cuales se mueven con confianza y tranquilidad, mostrando la relación identidad-territorio como condicionantes del proceso de construcción de identidades diaspóricas (transnacional-anclajes locales). Por esta razón la ciudad y el barrio, en tanto núcleos donde las diferencias culturales se manifiestan con mayor intensidad, se vuelven parte fundamental del proceso.

Entre otras variables culturales o subjetivas podríamos mencionar la necesidad de mantener vivas las redes étnicas, creando ámbitos de pertenencia. Las marcas particulares que aparecen objetivadas en el espacio urbano son cargas emotivas, imágenes y afectos, crean representaciones del mundo sensible y le dan sentidos a esa experiencia en diálogo con otras comunidades y Corea. Se abre por lo tanto una nueva dimensión en el debate sobre los significados e interpretaciones que los estudiosos del tema hacen sobre la formación de barrios propios de migrantes.

En general, la formación de barrios de migrantes ha sido analizada como una primera etapa en el proceso de instalación e inserción de los nuevos migrantes, seguida por una segunda etapa que se correspondería con un movimiento de ascensión social reflejado, también, en una movilidad territorial, por el cual abandonarían los barrios periféricos, dirigiéndose hacia otros más céntricos (Noiriel 1988, Hurh, Won Moo, 1980).

La primera etapa se fundamentaría en la necesidad de una contención psicológico-afectiva, necesidad de información y aprendizaje de códigos locales. Una vez establecidos buscarían una forma de salir del lugar donde se instalaron al inicio del proceso⁵.

Sin embargo, por lo que hemos analizado en las distintas comunidades coreanas establecidas en los diferentes países, estos desplazamientos son relativos y no necesariamente responden a movimientos de movilidad social asociados a los procesos de integración a la sociedad global.

Si tomamos a la generación de jóvenes 1.5 y segunda generación en Buenos Aires, la mayoría de los que residen y/o trabaja en las inmediaciones del barrio coreano prefiere hacerlo ahí, a

5 Para el caso de las comunidades coreanas en EE.UU., el Profesor Ei Young Yu (1983) sostiene que habría dos aspectos relacionados a la marginalidad: uno negativo asociado a las ambigüedades culturales, al miedo al rechazo social y a las crisis de identidad, resultados en general de sentimientos de subordinación injusta, frustración y autodegradación. Pero la marginalidad tendría también su lado positivo, relacionado con el impulso que le da a las personas y a los grupos para ser creativos y reflexivos, independientes y productivos. Sin embargo aclara que para que la marginalidad adquiera este lado positivo tendría que existir previamente la formación de una identidad personal positiva.

pesar de tratarse de profesionales, con posiciones sociales exitosas, hijos escolarizados, etc. Lo mismo ocurre con los reemigrantes coreanos de Argentina en Los Ángeles quienes prefieren vivir en Koreatown. En esta ciudad de EE.UU., también muchas de las primeras, segundas y terceras generaciones (llegadas de Corea o vía otros países) prefieren vivir en Koreatown. Es por esto que afirmamos que la opción de vida en el barrio comunitario tiene que ver con la adhesión a una identidad diaspórica más que con el proceso de integración migratoria.

La tendencia a la concentración no aparece sólo como una etapa de instalación, sino que se estructura como el eje de la vida comunitaria. La concentración espacial de las actividades étnicas no se contradice con una semi-dispersión de los lugares de residencias. Esto se explica fundamentalmente a partir del fenómeno de la diáspora y sus identidades.

Prácticas culturales para la reproducción de la identidad diaspórica

Como ya hemos mencionado, los miembros de una diáspora pueden estar integrados a la sociedad de recepción, pero asimilarse o aculturarse.

Las comunidades coreanas de la diáspora, aún con especificidades locales, promueven y mantienen un modelo de inserción cultural que conserva ciertas características particulares referenciadas a Corea. Conciencia histórica y cultural que trasciende y es atravesada por el tiempo, las geografías, las fronteras, los regímenes políticos, las religiones y las lenguas.

Si tomamos las experiencias clásicas de aculturación-asimilación, podríamos suponer que la "identidad cultural" que une a los grupos migrantes en los inicios del proceso migratorio se debilitaría ante el progresivo avance de la cultura que los recibe. Sin embargo, observamos que en el caso de la diáspora coreana no hay una progresiva aculturación, lo que representaría un regresivo coreanismo, sino más bien lo contrario. Salvo casos excepcionales, en general comunidades que no recibieron nuevos migrantes como el caso de Cuba, la mayoría de las comunidades, a medida que se estabilizan e insertan en los mundos locales, mejoran y complejizan el nivel de organización intracomunitaria lo que les permite recrear la comunicación con comunidades de otras ciudades. De esta forma, el núcleo duro comunitario funciona como una fuerza dinámica de producción de sentidos cohesionadores que se moviliza de acuerdo a los cambios en Corea, en Buenos Aires, y en los otros países de instalación.

En este sentido, los modelos de inserción biculturales y la modalidad de sociabilidad que adoptan dependen siempre de una relación triádica característica de la diáspora: los anclajes nacionales (de residencia), la conciencia nacional (de origen) y la identidad producto del intercambio (comunidades de otros países). Esto se observa en los movimientos originados durante la ocupación japonesa hacia China, EE.UU. y la URSS, de carácter predominantemente político ideológico; pero también en aquellos más tardíos cuyo factor de emigración estuvo más vinculado a la religión como en el caso de Australia, EE.UU., Brasil y Argentina y, finalmente, también en las corrientes de emigración de las últimas décadas hacia los distintos continentes (Mera, 2007). Absolutamente en todos los casos hay una autoidentificación como grupo cultural particular referenciado a Corea. La posibilidad de recrear una identidad étnica según ciertos valores y comportamientos de origen se lleva adelante, en la mayoría de los casos, a través de tres instancias: familia, iglesias coreanas, y asociaciones de residentes, que más tarde devienen en representantes de la identidad comunitaria. De hecho, en la mayoría de los países, a los pocos años de la llegada ya existen iglesias coreanas y una o varias asociaciones de residentes. Podemos entonces observar diferencias entre la forma de cohesión identitaria: mientras en Argentina, Australia, Brasil, y EE.UU., son principalmente las iglesias en otros casos donde las condiciones políticas no lo permitían, la articulación de la comunidad se dio a partir de las escuelas o de actividades artísticas, como en el caso de China y la ex Unión Soviética (Mera, 2007).

Nuevamente observamos que en todos los casos, los elementos constitutivos que aparecen en todas las comunidades son la familia, la iglesia y las asociaciones de residentes. Son éstas las instituciones encargadas de transmitir y recrear la cohesión grupal diseñada, más o menos espontáneamente por los líderes comunitarios. Las familias y las iglesias crean la cohesión intracomunitaria, y las asociaciones de residentes se encargan del diálogo con los actores de la sociedad local. Las tres instancias institucionales se estructuran y estructuran redes transnacionales. De acuerdo a la etapa de instalación en el país local y a las condiciones de Corea al momento de emigrar, va cambiando el rol de estas instituciones y las estrategias de construcción identitarias que se amoldan a las diferentes circunstancias.

Retomemos algunos de los casos ya mencionados para explicar los modelos de inserción biculturales. En EE.UU. las primeras asociaciones fueron de residentes unidos por intereses políticos que demandaban la independencia de Corea. Luego estas asociaciones fueron mutando

para acercarse a objetivos de integración y ayuda a los residentes coreanos en ciudades de EE.UU. Finalmente, las iglesias, que existieron desde los primeros tiempos, pasan a ser una de las instituciones étnicas más importantes y las que garantizan el vínculo material y simbólico con Corea. Recordemos que la mayoría de las iglesias cristianas tienen sedes en la península, pero también en otros países como Argentina, Australia, Brasil y EE.UU. y son las encargadas de cohesionar a los diferentes grupos de residentes.

En el caso de la comunidad coreana en Japón observamos que la conflictividad, a partir de la formación del estereotipo negativo del grupo, tiende a generar, por un lado, una comunidad más sólida en cuanto a instituciones (culturales) con capacidad de transmisión de los valores tradicionales, pero a la vez no pueden evitar la separación de los jóvenes de segunda y tercera generación que intentan evadir el rechazo de la sociedad local. Los grupos comunitarios se debaten en un juego de definiciones simbólicas entre la creación de una imagen positiva de su herencia cultural como base de su diferencia, estableciendo de este modo una suerte de dignidad colectiva y el distanciamiento de la misma de parte de los jóvenes.

Si comparamos el caso japonés y el norteamericano, se observan ciertas diferencias con respecto a la dimensión del anclaje nacional y su efecto en la producción de la identidad. A diferencia de Japón, en el caso de los EE.UU. la comunidad coreana es una minoría con un exitoso nivel de inserción económica, cultural y profesional pero, no obstante, sutilmente marginada desde otros aspectos. Hurh (1980) explica esta “marginación sutil” en la configuración de la propia sociedad norteamericana, un país de inmigración, donde lo racial es todavía el factor más poderoso como limitador de la “asimilación social”. En este sentido pareciera ser esencial el proceso de formación de una nueva identidad étnica coreana americana que Hurh vincula a la idea de una entidad colectiva sociocultural de aquellos que comparten un sentido común de origen y destino (real o imaginado).

En este aspecto debemos tener en cuenta la existencia de los ya mencionados barrios coreanos, “koreatowns”, y su funcionalidad en los procesos de diálogo y construcción de identidades. Sin duda, su existencia refleja la necesidad de crear una comunidad psico-cultural con la cual incluso las segundas y terceras generaciones puedan identificarse. Una vez más la idea de inserción exitosa en los ámbitos locales y la recreación de su identidad étnica no son mutuamente excluyentes.

Además, la producción identitaria a partir de una localización espacial permite el reconocimiento de un territorio urbano transnacional en el que estas personas se identifican. Si bien los barrios coreanos de San Pablo, Buenos Aires, Los Ángeles, Nueva York, Sidney, tienen características propias, todos operan en tanto marco de referencia para cualquier coreano del mundo. Lo mismo pasa con las nuevas generaciones de coreanos. Si bien haber crecido en EE.UU., América Latina o Asia Central no es lo mismo, la experiencia de compartir la diferencia y las vivencias biculturales los hace reconocerse como un grupo particular producto de la diáspora. Esta condición de integración es parte del complejo fenómeno de relaciones humanas donde estas personas circulan cotidianamente⁶. De esta forma, la identidad de la diáspora coreana fue conformándose en un proceso gradual que siempre incluyó la dimensión transnacional que el fenómeno tuvo desde los inicios: campeonatos de fútbol entre residentes de Brasil, Argentina y Paraguay, visitas de los presidentes de las asociaciones de residentes a las otras ciudades del continente, el rol internacional de las iglesias que funcionaron como impulsoras de las cadenas migratorias y de la estructuración de las comunidades, las redes de comunicación e información, los contactos y relaciones familiares transnacionales (existen familias cuyos padres, hijos, tíos y abuelos están afincados en distintas ciudades y países).

Aunque ya hemos mencionado el rol de las iglesias en el proceso de formación de las identidades de la diáspora, es importante detener nuestro análisis en esta institución particular para evaluar su peso en el proceso de reproducción de la identidad diaspórica. Como afirma una frase conocida entre estudiosos de la migración coreana en el mundo: *Koreans often say: if three Chinese get together, they will open a restaurant, if three Japanese, they will establish a company. If three Koreans, they will start a church* (Park 1997: 183, Choi 1991, Shim 1977: 77), evidenciando la importancia que tuvieron y tienen las iglesias en el proceso de instalación y establecimiento de redes entre las comunidades de coreanos en los distintos países del mundo.

Según la bibliografía consultada acerca de otras comunidades coreanas en el mundo, al igual que en Argentina, el comienzo y la articulación de la organización social de la comunidad se realiza principalmente alrededor de las iglesias (Lee 2000; Yim 2000; Han 1999; Min 1992 y 1998; Park 1997; Choi 1991; Kim 1981; Hurh 1980; Lee 1977; Shim 1977, Mera 1998).

6 Constatamos a partir del trabajo de campo realizado entre junio de 1998- junio de 1999 que en Corea los jóvenes que residieron durante períodos formativos en países extranjeros tienen mayor afinidad entre ellos que entre los jóvenes de su edad que crecieron en Corea.

Los autores coinciden en resaltar que el carácter étnico de las iglesias coreanas se repite en otros países y que participan de una estrategia que tiende a mejorar la situación económica personal gracias a los contactos que permiten establecer. De hecho, en las iglesias se crean redes de información, solidaridad y ayuda que efectivamente permiten un rápido crecimiento económico. Esta estrategia se vuelve estructurante de la vida comunitaria y comienza a trascender los límites nacionales, los pastores y ministros de las iglesias protestantes de Corea y de las comunidades coreanas migrantes, son entrenados en los EE.UU. tienen un nivel de movilidad alto entre las diferentes comunidades. Finalmente, una vez que la comunidad comienza a estructurarse, surgen los discursos que articulan la identidad del grupo, siempre en función de los valores de Corea ya que son éstos los que garantizan la unidad del grupo.

En este punto es interesante retomar el debate planteado por Han (1999) quien en su estudio sobre las iglesias coreanas en Sidney propone entender a las iglesias como instituciones multidimensionales, que involucran dimensiones religiosas, étnicas y políticas pero también económicas y sus respectivas combinaciones. Es decir, las funciones y actividades de las iglesias no deben ser entendidas sólo dentro del marco de la religión, sino como complejas estrategias socio-políticas individuales, familiares y grupales. Ésta funciona como un centro social y de identificación cultural, como institución educativa, al enseñar la historia, la cultura y el idioma coreano; y como eje de la reproducción de un vivo nacionalismo coreano.

Finalmente, nos resta mencionar que la identidad de un pueblo diaspórico no es transferida del país de origen de manera mecánica, sino que se reelabora sobre la base de interacciones entre estructuras sociales, contradicciones de clase y modelos culturales del país natal y otros del país que los recibe y el diálogo con las otras comunidades diaspóricas. Se trata de una identidad cultural en evolución continua, múltiple, que no puede identificarse con la del país de origen ni la del país receptor. Si las diásporas son un tipo de comunidad transnacional que se distingue por la dispersión de sus territorios (comunidades) en el espacio, la pertenencia a la misma supone una conciencia identitaria referenciada a una identidad nacional, cultura o religión, negociada en el contexto local, y alimentada a través de actores y redes transnacionales. La posibilidad de reemigración y circulación de los migrantes, la oportunidad de establecerse y recomenzar sus vidas en diferentes países, (incluyendo en cada caso idiomas, hábitos alimenticios, códigos cotidianos, leyes, etc... nuevas) es posible gracias a la inserción que posibilitan las comunidades de la diáspora instaladas en otros países, proceso complejo y múltiple que abre las puertas a lo que hemos llamado identidades de la diáspora (Mera, 2007).

Relaciones simbólicas y de moviidades múltiples (reemigración) en el espacio diaspórico

Los desplazamientos de población coreana presentan ciertos elementos fundamentales. En primer lugar, la adhesión a la identidad de la diáspora es lo que posibilita la movilidad reemigratoria múltiple, explicando así el alto nivel de desplazamiento.

La existencia de las redes transnacionales abre nuevos horizontes en lo económico, religioso, afectivo, cultural que involucran dimensiones institucionales, como las iglesias, asociaciones, etc..., y subjetivas, como las expectativas personales y familiares. La identidad ligada a Corea se recrea en los lugares de memoria que son las comunidades de la diáspora, anclajes locales que mantienen abierto múltiples canales de comunicación.

Desde los inicios, los desplazamientos de la población coreana experimentaron un proceso de movilidad múltiple: de Paraguay a Argentina, de Argentina a Brasil o viceversa, de Bolivia a Brasil. Pero también del Cono Sur hacia Canadá o EE.UU. de Europa a EE.UU. y Canadá, de Australia, Medio Oriente y el Sudeste Asiático hacia América. De hecho, las personas de las comunidades diaspóricas tienen parientes o amigos en otros puntos y muchos de ellos han residido en diversas ciudades, constituyendo entre ellos una suerte de red de circulación con vías y entradas múltiples producto de factores internos de los países (crisis económicas y políticas, guerras, etc.), y de motivaciones de las propias familias en función del proyecto migratorio.

En segundo lugar, juega un rol fundamental la existencia de barrios, "koreatowns"⁷ y redes que facilitan las formas de desplazamiento y anclaje, encuentran servicios, restaurantes, colegios, inmobiliarias, trabajo, información, etc. que hacen de los procesos reemigratorios continuidades de ese original movimiento iniciado por la familia al salir de Corea. Sus

7 Ver para el caso de New York: Kim (1981), para Los Ángeles: Min (1990) y para Buenos Aires: Mera (2005).

funcionalidades en los procesos de reinstalación en cada caso son la posibilidad de territorialización, en el sentido de crear identidad y sentido en el espacio⁸.

Como hemos observado en otros trabajos (Mera, 2007 y 2008), la diáspora supone un anclaje fuerte en el territorio de instalación y una continuidad simbólica con el territorio de origen que es articulado a partir de la creación de las redes transnacionales. Los marcadores territoriales de identificación, lugares y actividades sociales que garantizan la transmisión de la memoria y los valores dan sentido a la diáspora y por tanto a su posibilidad de movilidad y reemigración múltiple. La red de la diáspora nutre y se nutre de esas identidades.

Los migrantes se constituyen como sujetos en procesos complejos de identidades muchas veces en conflicto. Recordemos que tratamos con identidades nacionales, étnicas, religiosas, de género que tendrán diferentes formas de ser reelaboradas en las nuevas movilidades y contextos. La experiencia de vida en diferentes países es positiva en el sentido que les permite contar con diferentes capitales sociales y culturales que favorecen el desenvolvimiento en nuevos contextos⁹. La experiencia de compartir las vivencias bi y transculturales los hace reconocerse como un grupo particular producto de la diáspora, experimentando un sentimiento de identificación entre sí, aun proviniendo de culturas muy diferentes como pueden ser Brasil, Argentina, Australia o EE.UU.

Sin embargo, a pesar de los beneficios en recursos materiales y afectivos que brinda la red, la experiencia reemigratoria deja filtrar ciertos sentimientos de melancolía cuando se trata de la experiencia subjetiva. Las movilidades de la diáspora –las reemigraciones– se constituyen en el transitar por múltiples mundos que se hacen propios o se “domesticar”¹⁰ en diferentes intensidades y que en muchos casos pasan a ser ideales como lo fue Corea para la primera generación que cortó la raíz que los ligaba al país de sus ancestros.

Conclusiones

En primer lugar hemos analizado la aparición del término diáspora en el contexto actual de los estudios migratorios y cómo éste nos posibilita aprehender diferentes lógicas de “integración o inserción” de los grupos migrantes a la sociedad global desde el reconocimiento de modelos de inserción biculturales, originados por las redes e intercambios transnacionales.

Una de las conclusiones principales a las que arribamos es que el fenómeno de dispersión migratoria del pueblo coreano a lo largo de su historia puede ser considerado como una diáspora. Las comunidades coreanas de la diáspora están siempre enfrentadas a la doble tensión: por un lado, al de la integración en los distintos países, y por otro lado, al de la conservación de su entidad transnacional en un gran número de Estados. Así, la necesidad de inserción en las sociedades receptoras parecería contraponerse a la necesidad de conservar la identidad transnacional, referenciada al lugar de origen.

En este sentido, parte del proceso diaspórico tiene que ver con los esfuerzos del grupo por mantener su identidad particular, la empatía y la solidaridad entre los miembros del grupo, en un lugar de asentamiento que se vincula simbólicamente con las otras comunidades establecidas en otras ciudades. Es fundamental en este proceso la preservación de una identidad distintiva *vis-à-vis* de la sociedad receptora que estructura de manera particular la experiencia colectiva del grupo en el extranjero.

Así, la concentración espacial en barrios dentro de las ciudades, marca una particularidad de la diáspora coreana que contribuye a reforzar los mecanismos de cohesión identitaria, de movilidades y reemigraciones. Las comunidades diaspóricas, una vez ancladas en los distintos enclaves nacionales, se articulan en redes familiares, religiosas y asociativas étnicas.

A partir del análisis de los procesos de construcción de identidades diferenciamos matices del concepto de identidad que se ponen en tensión en el escenario de la tensión local-global. Las estructuras transnacionales de la diáspora son el centro de la cadena migratoria, son los lugares de memoria, pero sobre todo son la articulación de la vida del hogar, de la actividad económica y comercial.

8 Sin embargo, debemos remarcar que existen diferentes vivencias y percepciones según se trate de la primera generación, para quien el barrio es condición de subsistencia, o para los reemigrantes jóvenes de segunda y tercera generación, para quienes el barrio es un facilitador de la instalación.

9 Por ejemplo, la mayoría de los reemigrantes de Argentina que viven en Los Ángeles-EE.UU. trabaja en empresas coreanas o internacionales donde ponen en práctica las tres lenguas (español, inglés y coreano) y toda la experiencia de América Latina –del negocio textil familiar, de platos con proveedores locales, etc. En Los Ángeles es muy común la siguiente escena: trabajar para patrones coreanos, tener a su cargo trabajadores mexicanos e intermediar con los proveedores norteamericanos.

10 Con domesticar me refiero al significado que el concepto adquiere en francés del verbo *apprivoiser*, explicado por *El Principito* en el Capítulo XXI. (De Saint Exupéry, 2003)

Como ya hemos mencionado, la diáspora supone la construcción de una identidad cultural que permite mantener la unidad de las comunidades a pesar de la dispersión. La memoria colectiva se recrea de generación en generación a través de lazos familiares, tomando como fuente de valor e identidad la tierra de origen, ya sea esta real o imaginada.

Hemos visto que uno de los elementos constitutivos de las comunidades de la diáspora es precisamente la construcción étnica, que diseña límites simbólicos que pretenden establecer una suerte de resistencia a la asimilación. En este sentido, la manutención de los límites y la preservación de la identidad se realizan a partir de un proceso de hibridez, fluidez y sincretismo. Como señala Hall (1990: 235), “la experiencia de la diáspora [...] es definida, no por esencia o pureza, sino por el reconocimiento de una necesaria heterogeneidad y diversidad; por una concepción de ‘identidad’ que vive con y a través, no a pesar de, la diferencia”.

Bibliografía

- Alba, Richard y V. NEE: “Rethinking assimilation theory for a new era of immigration”, en *International Migration Review*, vol. 31, N° 4, 1997.
- Arfuch, Leonor: *Identidades, sujetos y subjetividades*, Buenos Aires, Prometeo, 2002.
- _____ *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias*, Buenos Aires, Paidós, 2005.
- Armstrong, John A.: “Mobilized and proletarian diasporas”. *American Political Science Review*, vol. 70, N° 2, 1976.
- Bauman, Zygmunt: *La globalización. Consecuencias humanas*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1999.
- Bialogosrski, Mirta: “La experiencia coreana en Argentina: ¿hacia una construcción de la integración?”, II Encuentro Latinoamericano de Estudios Coreanos, México, Colegio de México, 2005. Korea Foundati<<http://ceaa.colmex.mx/estudioscoreanos/images/mirta.pdf>>
- Bourdieu, Pierre: *La miseria del mund*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1999.
- Brubaker, Rogers: “The ‘diaspora’ diaspora”. *Ethnic and Racial Studies*, vol. 28, N° 1, 2005 <http://www.sscnet.ucla.edu/soc/faculty/brubaker/Publications/29_Diaspora_diaspora_ER_S.pdf>
- Bruneau, Michel: *Diasporas et espaces transnationaux*, París, Anthropos, 2004.
- Castiglione, Celeste: “Orgullo y prejuicio. Presencia de la inmigración coreana en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Abordaje cualitativo”, en Di Masi, Jorge Rafael y María Crisconio (comps.), *Corea y Argentina: percepciones mutuas desde una perspectiva regional. Segundo Encuentro de Estudios Coreanos en Argentina*, La Plata, Asociación Argentina de Estudios Coreanos, 2006.
- Chaliand, G. y J. P. Rageau: *The Penguin Atlas of Diasporas*, New York, Viking Penguin, 1995.
- Choi, In Bom: “Korean diaspora in the making: its current status and impact on the Korean economy”, en Bergsten, Fred y In Bom Choi (eds.), *The Korean diaspora in the world economy*, Institute for International Economics, special report 15, enero 2003. <http://www.iie.com/publications/chapters_preview/365/2iie3586.pdf>
- Choi, Keum Joa: *Alem do arco iris: a imigraçaon coreana no Brasil*, Tesis de Maestría, Universidad de San Paulo, 1991.
- Clifford, James: “Diasporas”, *Cultural Anthropology*, vol. 9, N° 3, 1994.
- Cohen, N. y C. Mera (comps.): *Relaciones interculturales: experiencias y representación social de los migrantes*, Buenos Aires, Antropofagia, 2005.
- Courtis, Corina: *Construcciones de la alteridad. Discursos cotidianos sobre la inmigración coreana en Buenos Aires*, Buenos Aires, EUDEBA, 2000.
- De Saint Exupery, Antoine: *El principito*, Edición electrónica, Ecuador, La Biblioteca Virtual de la UEB, 2003.
- Dufoix, Stéphane : *Les Diasporas*, París, Presses Universitaires de France, 2003.
- Gordon, Milton: *Assimilation in american life: the role of race, religion, and national origin*, New York, Oxford University Press, 1964.
- Green, Nancy L.: *Repenser les migrations*, París, Presses Universitaires de France, 2002.
- Grimson, Alejandro: *Relatos de la diferencia y la igualdad. Los bolivianos en Buenos Aires*, Buenos Aires, EUDEBA, 1999.
- Hall, Stuart: “Cultural identity and diaspora”, en Jonathan Rutherford (ed.). *Identity: community, culture, difference*, London, Lawrence & Wishart, 1990.
- Halpern, Gerardo: “Neoliberalismo y migración: paraguayos en Argentina en los noventa”, *Política y Cultura*, N° 23, 2005 <<http://redalyc.uaemex.mx/pdf/267/26702305.pdf>>

- Han, Gil Soo: "Political dimension of Korean churches in Sydney", en *Korean Social Science Journal*, vol. 24, N° 1, 1999.
- Hurh, Won Moo: "Toward a new community and identity: the korean-american ethnicity", en Kim, B. S. y L. Sang Hyun (eds.): *The Korean Immigrants in America*, New Jersey: The Association of Korean Christian Scholars in North America, 1980.
- Kastoryano, Riva: *La France, l'Allemagne & leurs immigrés: négocier l'identité*, París, Armando Colin, 1996.
- Kim, K. C. y H. Wom Moo: "Beyond assimilation and pluralism: syncretic sociocultural adaptation of korean immigrants in the USA", *Ethnic and Racial Studies*, vol. 16, N° 4, 1993.
- Kim, Ill Soo: *New urban immigrants: the Korean community in New York*. New Jersey, Princenton University Press, 1981.
- Lee, Don Chang: Korean Community Structures in America, en *Korea Journal*, vol. 17, N° 2, (1977) <http://www.ekoreajournal.net/servlet/ArchiveDownload?BACKFLAG=Y&VOLUME_NO=17&BOOKNUM=2&PAPERNUM=5>
- Lee, Kwang Kyu: *Overseas Korean*, Seúl, Jimoondang Publishing Company, 2000.
- Maffia, Marta: "Los inmigrantes caboverdianos: una minoría invisible...", *Revista Museo*, Fundación Museo de La Plata, vol. 1, N° 1, 1993.
- Masseroni, Susana: "Lo intercultural en acción: europeos del este en Buenos Aires", *Revista Sociedad*, Facultad de Ciencias Sociales UBA, N° 27, 2008.
- Mera, Carolina: *La inmigración coreana en Buenos Aires. Multiculturalismo en el espacio urbano*, Buenos Aires, EUDEBA, 1998.
- _____ "Diáspora coreana en América Latina", II Encuentro de Estudios Coreanos en América Latina, México, 2005, Colegio de México - Korea Foundation <<http://ceaa.colmex.mx/estudioscoreanos/images/mera.pdf>>
- _____ *Globalización e identidades migrantes. Corea y su diáspora en la Argentina*, Tesis de doctorado de UBA, inédito-en publicación, 2007.
- _____ "La comunidad coreana en Buenos Aires. Una experiencia de convivencia intercultural", *Revista Sociedad*, Facultad de Ciencias Sociales UBA, N° 27, 2008.
- Min, Pyong Gap: "Korean Immigrants in Los Angeles", Institute for Social Science Research, Volume V, 1989-90 - California Immigrants in World Perspective: The Conference Papers, 26 y 27 de abril, 1990 <<http://repositories.cdlib.org/issr/volume5/2>>
- _____ "A comparison of the Korean minorities in China and Japan", *International Migration Review*, vol. 26, N° 1, 1992.
- _____ *Changes and conflicts: Korean immigrant families in New York*, Boston, Allyn & Bacon, 1998.
- Min, Pyong Gap y C. Youna: "Ethnic attachment among Korean-American high school students", *Korea Journal of Population and Development*, vol. 22, N° 2, 1993.
- Min, Pyong Gap y R. Kim (eds.): *Struggle for ethnic identity: narratives by Asian American professionals*, Walnut Creek, CA, Altamira Press, 1999.
- Monkevicius, Paola: "La memoria en la construcción de la etnicidad migrante. Una aproximación antropológica", Congreso Argentino de Estudios sobre Migraciones Internacionales, Políticas Migratorias y de Asilo, Buenos Aires, Argentina, 25 al 27 de abril 2005.
- Noiriel, Gérard : *Le creuset francais. Histoire de l'immigration XIX-XX siècles*, Paris, Le Seuil, 1988.
- Park, Kye Young: *The Korean American dream: immigrants and small business in New York*, Ithaca NY, Cornell University Press, 1997.
- _____ "I am floating in the air: creation of a Korean transnational space among Korean- Latino american remigrants", *Positions*, vol. 7, N° 3, 1999.
- Portes, Alejandro y M. Zhou: "The new second generation: segmented assimilation and its variants among post-1965 immigrant youth", *The Annals of the Academy of Political and Social Sciences*, vol. 530, 1993.
- Safran, William: "Diasporas in modern societies: myths of homeland and return", *Diaspora*, vol. 1, N° 1, 1991.
- Sheffer, Gabriel: "Ethnic diasporas: a threat to their host?", en Weiner, Myron (ed.), *International migration and security*, Boulder, Westview Press, 1993.
- Shim, Steve: *Korean immigrant churches today in Southern California*, San Francisco, R & E Research, 1977.
- Skrentny, John et al: "Defining nations across borders: state preferences for co-ethnic / return migrants in Europe and East Asia", Reunión anual de la American Sociological Association,

- Philadelphia, PA, 2005 <http://www.allacademic.com//meta/p_mla_apa_research_citation/o/2/o/6/9/pages20696/p20696-1.php>
- Takeyuki, Tsuda: *Stranger in the ethnic homeland*, Columbia, Columbia University Press, 2003.
- Trincheri, Alcira: "Las visiones de la primera inmigración coreana en la Argentina", en Di Masi, Jorge Rafael y María Crisconio (comps.), *Corea y Argentina: percepciones mutuas desde una perspectiva regional*, Segundo Encuentro de Estudios Coreanos en Argentina, La Plata, Asociación Argentina de Estudios Coreanos, 2006.
- Yim, Seong Sook: *Immigrants coréens au Québec. La question de la communication interculturelle*, París, L'Hamattan, 2000.
- Yu, Eui Young: "Korean communities in America: past, present and future", *Amerasia Journal*, Vol. 10, N° 2, 1983.